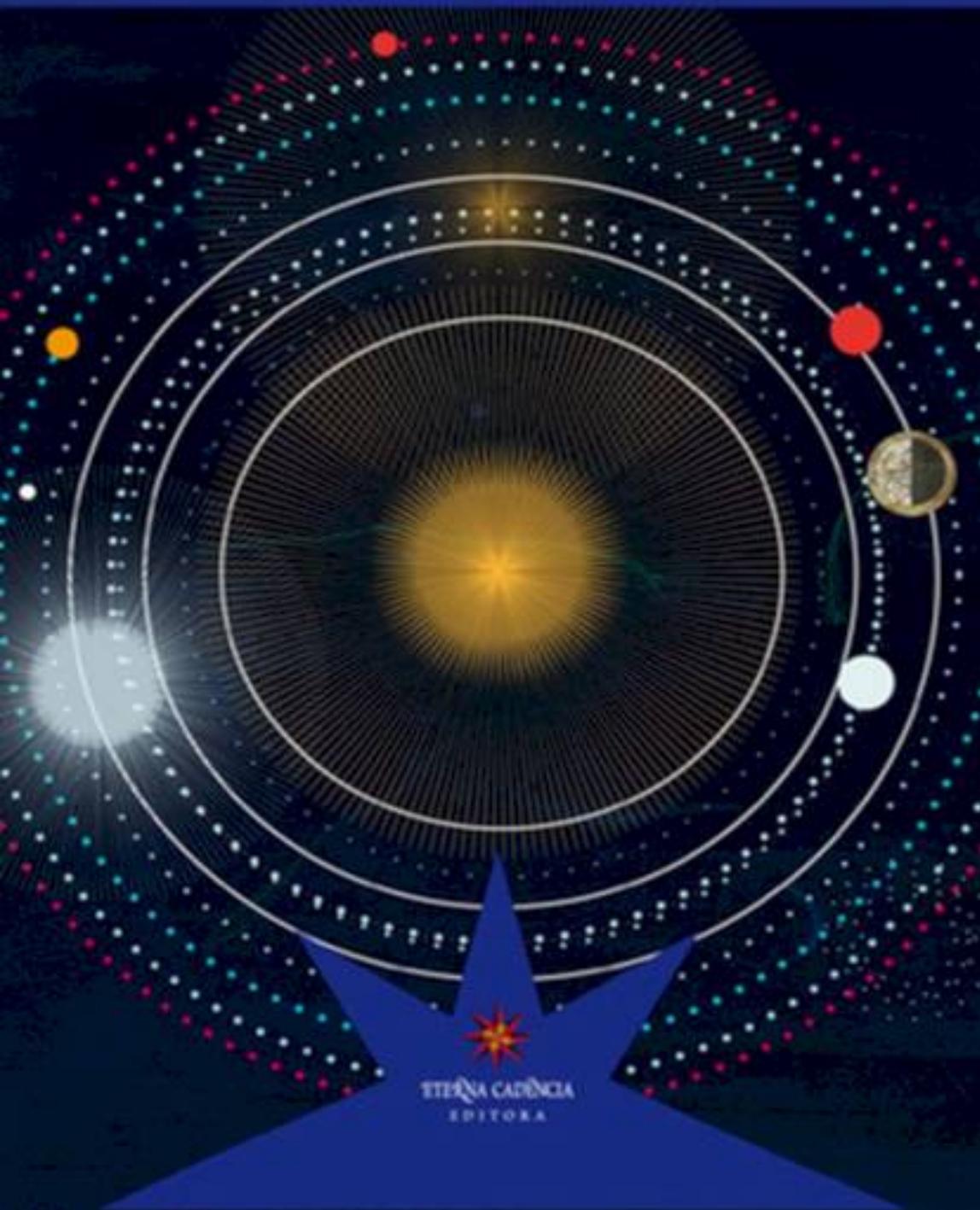


Luis Sagasti
MAELSTROM



ETERNA CADÊNCIA
EDITORA

MAELSTROM

LUIS SAGASTI

© 2015, Luis Sagasti
© 2015, ETERNA CADENCIA EDITORA S.R.L.

Primera edición: febrero de 2015
Primera edición digital: enero de 2016

Publicado por ETERNA CADENCIA EDITORA
Honduras 5582 (C1414BND) Buenos Aires
editorial@eternacadencia.com
www.eternacadencia.com
www.facebook.com/eternacadencia
twitter.com/eternacadencia
blog.eternacadencia.com.ar

eISBN 978-987-712-091-2

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico o electrónico, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright.



LUIS SAGASTI

Maelstrom

Gustavo está en Santiago de Compostela investigando la repercusión de la Guerra Civil Española en Bahía Blanca, más precisamente, cómo se organizó allí la ayuda a los republicanos. En un paseo por el parque de la Alameda, un pequeño jardín de helechos, el *Jardín de Andrómeda*, y una placa con siete nombres despiertan su curiosidad. Que una ciudad tan católica le dedique un jardín a un personaje de la mitología griega le pareció algo raro. Los nombres en la placa le hicieron pensar en víctimas de la guerra, en republicanos, sobre todo porque eran de diferentes nacionalidades. Pero al parecer nadie sabe nada al respecto, ni siquiera el jardinero del lugar, cuyo nombre, llamativamente, es uno de los siete que figuran en la placa. El narrador, a medida que recibe por mail los avances y detalles de la investigación de su amigo, va entrando con él en una espiral de intrigas e hipótesis que, a su vez, le disparan infinidad de asociaciones, que van desde la astronomía y los mitos griegos, hasta la obra de Julio Verne, Van Gogh o Hunderwasser y su *Jardín de los muertos felices*. Mientras, la acción se traslada del parque de la Alameda a un circo en el Gran Rosario y de allí a un grupo secreto en Temperley, como en un gran maelstrom que todo lo abarca. “¿No será la espiralla figura que aparece cuando no se piensa, cuando se gesta el vacío?”, se pregunta el narrador. Luis Sagasti construye un libro exquisito en el que, como en *Bellas artes*, vuelve a desplegar todo su ingenio maestría de narrador.

*Para Hernán y Martín
(desde la ventanilla más linda)*

Sobre nosotros rompen las olas.

WILLIAM MORRIS HUNT,
ante sus estudiantes de pintura

empieza como espiral de nada
con esa precisión

y luego avanza a ciegas
es decir retrocede

a cierto cielo
aún desconocido

y en ese movimiento
nunca lo que es
aparece

ni siquiera
lo que no es

pero algo se va
sin hacer ruido

y vuelve a empezar
por el otro lado

a esto se lo llama
desaparecer en lo real

MARÍA NEGRONI, *Poética*

El universo que el destino me había señalado
no era una cámara estrellada,
sino un vórtice de corrientes de astros.

OLAF STAPLEDON, *Hacedor de estrellas*

En el parque de la Alameda, muy cerca de la estatua de Valle Inclán, hay un cantero salvaje poblado de helechos plateados de Nueva Zelandia, que deben alcanzar unos cuatro metros de altura, si no más. La información sobre estas plantas puede leerse en un cartelito que se levanta a un costado. La impresión es que los helechos crecen sin pudores ni cuidados excesivos; sus hojas son de un verde carnososo que refrescan de solo verlas. En medio de este módico bosquecito abrupto se encuentra un bloque de piedra formado por una larga horizontal y sobre ella tres cubos casi perfectos de granito. Gustavo me escribe que la vez que se internó entre los helechos lo hizo porque hacía mucho calor y la idea era apoyar la espalda sobre las piedras; llevaba una botella de agua y el grabador, como siempre. En verdad, quería sentarse en un banco bajo unos olmos, pero lo ocupaba una pareja. Hacía dos semanas de su llegada a Santiago de Compostela y ya había hecho de la Alameda un lugar propio. Observó, antes de recostarse, que en uno de los bloques se encontraban dos placas de bronce. Una, muy pequeña, rezaba: *Jardín de Andrómeda*; en la otra, a la izquierda, se podían leer siete nombres dispuestos en sentido vertical. Tuvo la sensación de que podía tratarse de benefactores del jardín, o bien de otra cosa que muy en claro no le quedaba ya que la serie incluía nombres españoles, franceses, ingleses. Y había uno que parecía de Portugal. Acaso se trataba de víctimas de la Guerra Civil. *La congregación de nombres de diferentes nacionalidades me hizo pensar en republicanos*, escribió. En la primera placa se había labrado una espiral en bajorrelieve.

Antes de proseguir: Gustavo es un muy buen amigo con quien cursé muchas materias de la carrera de Historia en la facultad. Había venido de Viedma con su madre a estudiar

a Bahía Blanca; luego, por distintas circunstancias, ambos terminamos viviendo en Capital. Había logrado una beca después de mucho remarla -mucho son años enteros-, con una investigación sobre la repercusión de la Guerra Civil Española en Bahía Blanca; digamos: cómo se había organizado ahí la ayuda para los republicanos. Un trabajo de historia regional, si puede llamarse así, de muy buena factura, que había presentado en un congreso y publicado luego en una revista especializada. Extendió su investigación primero a Buenos Aires y luego hasta donde encontró comités republicanos en la Argentina. Finalmente, Carlos Barros, un eminente historiador de Santiago de Compostela, le consiguió una beca de cuatro meses en su universidad. Gustavo iba a realizar un relevamiento sobre cómo fue recibida por la Resistencia la ayuda de los comités argentinos. Ni bien había llegado a España ya había colgado en internet una serie de fotos y confesado que su estado era *cansadísimo pero contento*. Era la primera vez que salía de la Argentina solo. Había estado en Miami y en Nueva York con Andrea, su mujer, creo que en el viaje de bodas.

Vuelvo a su mail. Dice Gustavo que en un principio no le llamó la atención el asunto de las placas del jardín de los helechos, lo que es natural pues en un recién llegado nada deja de llamar la atención, sea en Santiago o en Arroyo Seco, y los ojos toman del dos de oro tamaño y brillo. Ya con la catedral es suficiente para proteger al asombro de la rutina; el detalle de la placa se revelaba como una cosa ínfima. Pero mi amigo tiene el don de la curiosidad y no cifra los objetos por su tamaño y peso sino por su grado de singularidad, por decirlo de algún modo. Ante todo le intrigaba el nombre. *Que una ciudad tan católica como Santiago dedicara un jardín a un personaje de la mitología griega es algo raro*, me escribió como si estuviera al borde de un misterio. Por eso, cuando pasó otra vez por la Alameda y se encontró con un jardinero que andaba cerca del jardín de los helechos no dudó en preguntarle. El jardinero dijo no tener la menor idea de qué le estaba hablando. Es decir: a las

piedras en medio de los helechos las había visto, claro, pero nunca había notado las placas de bronce o, si lo había hecho, jamás se le ocurrió leer lo que decían. Se rascó la cabeza y no pareció importarle en lo más mínimo el asunto. Sin embargo, después de un momento de silencio, dijo con la boca apenas abierta:

-A ver, echemos un vistazo.

Cuando llegaron leyó en voz alta los nombres de las placas. Se encogió de hombros.

-Vaya uno a saber. Lo que se ve es que han pegado antes otras placas -notó el jardinero y señaló unos agujeros en la piedra que Gustavo no había advertido.

-Acá, ¿ve? Acá había una placa.

-La han robado -aseguró Gustavo sin inmutarse.

El jardinero, me escribió, lo miró con espanto:

-¿Quién es capaz de robarse una placa, hombre?

Gustavo se sintió avergonzado, claro (*me puse para la mierda*).

-Al parecer han intentado colocarla acá y por lo visto no les ha quedado bien -señaló el jardinero y se quedó mirando la placa en silencio.

Los nombres no le decían nada, salvo el primero: *Javier Tomé*.

-Así se llama un jardinero que viene por la tarde. Los viernes, seguro. No lo he visto otros días por aquí.

Después dijo no acordarse bien si se llamaba Javier, pero Tomé seguro.

-Y viene los viernes -chasqueó la lengua de nuevo-. No sé, evidentemente, no se trata de él. ¿Y de dónde eres tú con ese acento?

Gustavo le preguntó si podían ser víctimas de la Guerra Civil.

-No creo -le respondió-. Estarían en un camposanto o, bueno, por qué no. Serían amigos, acaso.

Gustavo termina el primer mail diciendo lo bien que lo estaban tratando y entra en detalles de bostezo inmediato

sobre su investigación. Yo siempre he mostrado una moderada curiosidad por su trabajo. Reconozco, y no hay mérito en ello, su oficio y seriedad. Pero, en realidad, son temas que ni me van ni me vienen.

En verdad nunca quise dedicarme a la investigación académica aunque algún que otro trabajo menor he presentado alguna vez en esos congresos aburridísimos que no sirven más que para aumentar el currículum. Me gusta mucho más dar clases. Reconozco que esos trabajos de hormigas ilustradas son los ladrillos con que una teoría levanta sus paredes. Y aun así, de esas paredes prefiero las grietas que permiten ver el otro lado (esas fisuras no se encuentran en los ladrillos eruditos sino en la mezcla que los amalgama).

La segunda noticia sobre el jardín la comunicó por chat. Con cuentagotas porque estaba chateando con Andrea. Solo anticipó que se había encontrado con el otro jardinero, el tal Javier Tomé. Que en verdad no se lo había encontrado sino que preguntó por él al otro viernes. *Mañana te mando un mail*, escribió.

Dos días después recibí su correo. Javier Tomé resultó ser un tipo amabilísimo aunque de una simplicidad que exasperaba. No sé muy bien qué me quiso decir con eso. De inmediato se me antojó un tipo flaco, alto, rastrillo en mano, pantalones marrones. Lo cierto es que Tomé trabajaba para el Ayuntamiento pero a la Alameda iba solo los viernes. E igual que el otro jardinero: había visto las placas pero ni se le ocurrió acercarse a ellas a leer nada. Se sorprendió de encontrar a alguien con su nombre. Pero que, bueno, después de todo, era un nombre común y que él no tenía nada que ver con eso ni con la tal Andrómeda.

Me dio la impresión de que estaba incómodo, escribió Gustavo; *quizás pensaba que yo era de la policía o alguien que podría sancionarlo vaya a saberse por qué. Creo que lo tranquilizaba el hecho de que fuera argentino, que fue lo primero que me preguntó al escucharme*. El jardinero se

puso un poco nervioso cuando leyó el nombre de abajo, el segundo de la placa. *Manuel Neira*. Él conocía a alguien llamado así. Del resto de los nombres de la lista nunca había oído hablar. De algo estaba seguro: el Javier Tomé que encabezaba la serie no era él -de hecho no hacía tres años que trabajaba para el Ayuntamiento-. Me aclaró que el Manuel Neira que él conocía no era lo que se dice un amigo. Era, si mal no recordaba, abogado. Tomé había atendido el jardín de su casa durante unos dos años, más o menos. Un día, sin darle la menor explicación, Neira le había dicho que no fuera más. Raro, porque nunca se había quejado de su trabajo. Al contrario, el jardín parecía una postal. Habrá conseguido alguien mejor o más barato. No hay muchas más explicaciones. El jardinero recordó de pronto que conocía a otro hombre que se llamaba así, o casi así: Juan Manuel de Neira. No *Neira* sino *de Neira*, que había ido con él a la escuela pero hacía años que no lo veía.

Como si hubiera soltado de más la lengua, el jardinero dijo de pronto que tenía que continuar con su trabajo. Gustavo le agradeció su tiempo. *Se me ocurrió, escribe, que no era buena idea preguntarle por Manuel Neira o de Neira*. Tampoco quiso tomar nota de los nombres delante de él. Antes de despedirse hablaron de fútbol. Y hubo como un alivio.

Unos días más tarde, convencido de que se trataba de republicanos o miembros de la Resistencia, Gustavo buscó en internet los nombres que figuraban en la placa. Eran todos bastante corrientes. Claude Delrieux, Paul Holland... Ninguna página los vinculaba, y por separado había miles. Probablemente se tratara de otra cosa. Y sin saber qué rumbo podía tomar, si es que debía tomar alguno, decidió apostar sus fichas por aquel del que tenía al menos un par de datos: abogado y de Santiago de Compostela, el tal Manuel Neira.

De entrada aparece en Google. Es especialista en seguros. Por un momento me entusiasmé con todo este asunto

y busqué en la web algún Manuel Neira sobre el que valiera la pena seguir una pista; lo mismo que el jardinero, Javier Tomé. Pues nada. O mejor, mi paciencia se acabó al cabo de diez minutos. En tanto con *Andrómeda* desistí de inmediato: hay una obvia asociación astronómica, otra pedagógica. Más allá de ese umbral: nueve millones de páginas. No era yo el Ahab que se iba a internar en ese océano. Busqué, claro, la Alameda. No aparece el jardín de helechos pero sí la estatua de Valle Inclán.

Dos o tres días más tarde se me ocurrió combinar *Andrómeda* con *helechos*. Encontré en Barbados el Andrómeda Gardens, un jardín botánico muy bonito donde, si bien crecen helechos como conejos en sus casi tres hectáreas, son las orquídeas las estrellas del show. Nada más por allí. Después, siguiendo la misma pista, descubrí que *Andrómeda* también es un arbusto de unos veinte centímetros, cuanto mucho, que Linneo descubrió en su expedición a Laponia hacia 1732. hace bajar la presión y causa problemas respiratorios y vómitos en quienes la ingieren. ¿Por qué Linneo le habrá puesto *Andrómeda*? ¿Cómo lo hubieran llamado los lapones? Al parecer se trata de un arbusto vulgar, por qué habrían de llamarlo de algún modo específico. Después de todo, los yuyos que crecen entre las baldosas resisten cualquier taxonomía.

No sé si las cosas se nombran para no perderlas. Creo que es al revés: se las designa una vez perdidas o, cuando de alguna forma, ya no nos pertenecen.

Cuando la madre no tiene más a su hijo en el vientre recién ahí lo llama por su nombre.

Pasado un tiempo me había olvidado absolutamente del tema. Pero una mañana recibí de Gustavo una línea que fue una flecha envenenada para mi curiosidad: se había conectado con Manuel Neira y le había solicitado una entrevista. Nada más. En el mail siguiente, ese mismo día, se demoró sobre algunas curiosidades de la beca y me adjuntó

un archivo sobre la relación entre un grupo de republicanos y Bahía Blanca, cosa que lo había tomado por sorpresa.

Contado con pelo y señales, conociéndolo como lo conozco a Gustavo, podría decir que el encuentro fue como sigue, de acuerdo a lo que me escribió una semana más tarde: Gustavo llamó al tal Neira para solicitarle una entrevista. No mintió, o mintió a medias. Dijo que era historiador, que había venido de la Argentina y que, amén de su trabajo sobre la Guerra Civil Española, colaboraba con un medio de Bahía Blanca, la ciudad donde había nacido y que a menudo visitaba, mandando unas notas y entrevistas sobre la crisis española. Esa era la razón por la que había decidido llamar al azar a algún abogado especialista en seguros -tal el caso de Neira- para tener un panorama más amplio sobre la percepción de la crisis económica. Digamos, dijo, con gente que se encuentre fuera del mundo académico. El doctor Neira lo citó para dos días más tarde.

Llegó casi puntual al estudio. Una secretaria le ofreció café y le dijo de aguardar un momento. Gustavo llevaba un grabador, como siempre, y una libreta de apuntes. A los veinte minutos de estar sentado sin una revista que hojear, Gustavo evaluó seriamente la posibilidad de mandarse a mudar; cinco más tarde, cuando ya ensayaba una disculpa, la secretaria lo hizo pasar.

Estaba bastante buena.

Manuel Neira era un tanto robusto, alguien de cincuenta años que parecen menos. Se notaba una rutina de gimnasio seguida a rajatabla, tostadas al desayuno con queso blanco. Le ofreció otro café que Gustavo rechazó. Como era de esperar, al principio fue Neira quien comenzó con una batería de preguntas que bien podría reducirse solo a una: por qué lo había llamado a él. Por qué a un abogado y no a un economista. En verdad, Neira no parecía sentirse muy cómodo, daba la sensación de haberle hecho un grandísimo favor al recibirlo. Sin embargo, en ningún momento dejó de lado una amabilidad de corte británica. Neira quiso averiguar, *acaso más por cortesía*, cómo andaban las cosas

por la Argentina y parecía saber muy bien lo que había ocurrido con nuestra crisis en el 2001. Mi amigo hizo una serie de preguntas generales que tenía anotadas en la libreta. Con eso se libraba de improvisar sobre un tema del que conocía solo sus trazos más gruesos y al mismo tiempo podía dar la impresión de que el trabajo revestía seriedad. A Neira por momentos se lo notaba interesado, aunque cada tanto miraba la hora de reojo.

De todas las previsiones posibles, hubo una que Gustavo no tuvo en cuenta: cómo introducir en la conversación el tema del jardín de los helechos. Tal vez el problema haya sido otro: a Neira no le convencían las razones por las que lo había escogido para la entrevista. Cada tanto volvía sobre esa pregunta. Gustavo ensayaba obviedades: que el estudio quedaba en el centro, que él se hospedaba no muy lejos de allí, que estaba harto de hablar con economistas que parecían defender posturas antes que aclarar panoramas. Finalmente le dijo que si se sentía importunado no tenía problema en terminar la entrevista. Lejos de él la intención de molestarlo.

Neira estaba más intrigado que yo.

Había algo que no le cerraba. Empezó a preguntarle sobre Bahía Blanca, como si Gustavo no hubiera nacido allí. De la ciudad no sabía nada, por supuesto. Gustavo podría haberle dicho cualquier cosa, pero habló de la economía agroportuaria, del polo petroquímico, de básquet.

En un momento, Gustavo le preguntó a bocajarro si conocía a alguien del grupo Andrómeda.

Ya me estaba cansando, me salió de adentro.

Neira nunca sintió hablar de él. Quiso saber si era un grupo asegurador.

-Sí -respondió-. Bah, ahora que lo pienso debo haber entendido mal, porque si no usted debería conocerlo. No fui yo quien los entrevistó sino mi compañera.

Manuel Neira comenzó a mirar su computadora sin mueca de sobresalto.